

## Introducción

Admiré la Alemania que creó Adolf Hitler. Me rapé el pelo al cero y adopté la estética skinhead. Me tatué la espalda con un enorme retrato de Rudolf Hess, lugarteniente del Führer. Contribuí a crear diversos grupos NS, nacionalsocialistas. Elaboré un censo de judíos en la ciudad de Pontevedra. Defendí la supremacía de la raza blanca. Me enfrenté a militantes antifascistas. Creí que el papel de la mujer se limitaba a dar hijos sanos a la patria. Me preparé físicamente para la batalla, participando en entrenamientos físicos extremos en la sierra de Madrid. Odié a los camaradas que preferían hablar en lugar de actuar. Igual de rápido que ascendí hasta la cima de la organización, me despeñé por un precipicio que me situó a las puertas del terrorismo. Un día empecé a dudar. Inicié un proceso que me vació por dentro y por fuera. Me quedé sin amistades, sin bares a los que acudir, sin ideas en las que refugiarme. El cañón de una pistola metido en la boca fue la señal de que había tocado fondo. Poco a poco empecé a remontar. Aún sigo remontando, porque el proceso de desconexión es tan largo que, creo, nunca acabaré de completarlo.

Si hace diez años me hubieran dicho que acabaría escribiendo este libro, sin lugar a dudas me habría arrojado de un puente para evitarlo. Decir que pasé dos décadas en la ultraderecha no reflejaría lo que viví. La realidad es que, durante ese largo periodo, la ultraderecha fue toda mi vida. Fue mucho más que asumir una ideología. Mis amigos, los lugares de ocio que frecuentaba, los libros que leía, la música que escuchaba, la información que recibía..., todo era parte de lo mismo y respondía a idénticos objetivos.

Al igual que les ocurre a los miembros de una secta o a los fanáticos de cualquier causa, mi mundo era una burbuja, y así lo llamaré a partir de ahora: «la burbuja». Dentro de ella estábamos los puros, los que, a diferencia de los demás, sabíamos cómo salvar al planeta de un enemigo todopoderoso. Fuera quedaban todo y todos los que no comulgaban con unos principios que yo consideraba bellos y justos. Mis motivaciones en ese tiempo fueron sinceras. Verdaderamente creí formar parte del único baluarte defensivo de nuestra civilización frente a los pérfidos intereses que trataban de imponer unos oscuros poderes.

Este no es un libro antifascista ni tampoco pretende ser una crítica radical y despiadada de la ultraderecha. No es un libro «progre» ni responde a un encargo periodístico. No es un libro antiespañol o antipatriótico. Quien lo escribe ha estado veinte años dentro del llamado nacionalismo duro. De hecho, si he dado este paso es por mi sentido de lealtad y amor a España y porque considero que no se debe permitir que manos indignas corrompan nobles ideales. No he adoptado una postura contraria que sustituya a la inicial. Los procesos mentales que he superado me han permitido desarrollar una nueva personalidad sobre y no contra la anterior.

La esencia de esta obra se acerca más a una radiografía de la extrema derecha española. Partiendo de mis propias vivencias, analizo desde dentro cómo piensa y por qué, y cuáles son las palancas que la llevan a remar en cada dirección. Democracia Nacional, Hogar Social Madrid, Alianza Nacional, Falange, CEDADE, Vox o Ultras Sur: diferentes ladrillos de un mismo edificio que puede adoptar distintas formas pero que, sin embargo, es fácilmente reconocible una vez se comprenden sus líneas maestras. Es un mundo nada homogéneo que engloba un amplio abanico de ideas y posiciones no siempre bien avenidas y, en ocasiones, irremediabilmente enfrentadas. Existen algunos puntos de encuentro en los que toda la extrema

derecha parece estar a priori de acuerdo: la defensa de España, de sus valores y de su cultura occidental.

Sus integrantes se ven a sí mismos como una suerte de santos e incorruptibles cruzados que se enfrentan en solitario a ocultos poderes que solo ellos alcanzan a distinguir. En ocasiones son ambiguos al señalar al enemigo, como cuando nos hablan del «sistema», pero otras veces afinan más el objetivo apuntando al «progresismo» o al «feminismo».

Aunque no lo parezca, el duro discurso, firmemente defendido, está repleto de inseguridades y sobre todo de contradicciones. De entrada, un nacionalsocialista nunca iría a un acto de Vox por diversas razones: su apoyo al Estado de Israel, su herencia franquista, su defensa del nacionalcatolicismo... Sin embargo, tras el *sorpasso* a Podemos en las elecciones generales celebradas en noviembre de 2019, muchos fascistas olvidaron estos principios básicos para inscribirse en la formación que lidera Santiago Abascal. En su favor jugaba el hecho de ser el primer partido político de este espectro ideológico, desde la desaparición en 1982 de la ya muy debilitada Fuerza Nueva, que rompía la tradicional marginalidad y lograba entrar en las instituciones democráticas surgidas de la Constitución del 78. A partir de ese momento las reglas del juego cambiaron completamente en la ultraderecha y, salvo algunos irreductibles, los diferentes sectores parecieron enterrar sus viejas rencillas para unirse bajo las siglas del partido.

Es cierto que siempre había existido una línea dura dentro del Partido Popular, de la que surgió Vox. Sin embargo, el día en que los diputados de Abascal llegaron al Parlamento introdujeron en la sede de la soberanía nacional un discurso que hasta entonces nunca había traspasado las puertas de las sedes y los bares en los que nos reuníamos los ultras más radicales. La normalización del relato antiinmigración, antifeminista, antinacionalista

—excluyendo el nacionalismo español— y conspiranoico supone una doble amenaza. Primero por lo que representa y el efecto que provoca en la sociedad. Segundo, y no menos grave, porque está abonando el terreno para que otras formaciones ultras, de ideología aún más extrema, puedan irrumpir próximamente en el panorama político español. Normalizado el discurso, desaparecen las barreras que frenan la expansión de las organizaciones que luchan contra la supuesta trama urdida para exterminar a la raza blanca. Una trama orquestada por los poderes económicos, los partidos políticos, las ONG y los medios de comunicación. Por si fuera poco, en el contexto de la pandemia mundial que nos ha tocado vivir surgieron toda suerte de teorías conspiranoicas y creencias que, en la línea del discurso de Vox, actuaron y actúan como argumento para «demostrar» la existencia de la gran conspiración que mueve todos los hilos de poder en nuestro planeta. Una supuesta amenaza sin la que es imposible comprender la dimensión en la que orbita la auténtica extrema derecha.

Quiero dejar claro en este punto, en el que comienzo a compartir mis análisis, que no soy sociólogo, ni politólogo, ni psicólogo. El valor que puede tener esta obra radica en que yo formé parte de ese mundo, al que entregué mi identidad, emociones y raciocinio. Estas páginas no están escritas por un observador externo, categoría en la que entrarían los periodistas o policías infiltrados, que por mucho que logren integrarse en este tipo de organizaciones siempre conservan una mentalidad ajena y contraria a lo que puedan ver y escuchar en la burbuja. Mi caso es diferente. Pocos mostraban una determinación y un fanatismo mayor que el mío. Para bien o para mal, todo cuanto he pensado, leído o sentido me ha llevado a convertirme en la persona que actualmente soy y creo que puedo aportar numerosos elementos para responder a la pregunta clave: ¿por qué? La mayoría de los estudios sobre la extrema derecha abordan, con mayor o

menor acierto, el «cómo», pero no logran explicar, en mi humilde opinión, los motivos por los que, a pesar de los no tan lejanos horrores que trajo al mundo el fascismo, estamos al borde de un nuevo reinicio.

Según mi experiencia personal y la de la mayoría de los ultraderechistas a los que conocí, una de las claves está en el modo en que funciona nuestra mente, más aún en los tiempos actuales. La sensación de sentirse desamparado personal y socialmente puede llegar a adquirir categoría de norma en una época en la que el individualismo y la falta de tejido social provocan estragos. Ahora que las nuevas tecnologías nos llevan a toda velocidad y a la deriva en un eterno e imparable fluir de opiniones, clics, noticias, estados de WhatsApp y *likes* en Facebook e Instagram, las ideologías políticas extremas a menudo actúan de salvavidas o tronco flotante al que agarrarse. Un discurso lleno de conceptos como «comunidad», «camaradería», «patria», «fortaleza», «unión» o «seguridad» emociona y gana adeptos. La literatura fascista, encubierta bajo la apariencia de sesudos estudios históricos y académicos, hace el resto al reforzar la credibilidad y el impacto de los mensajes.

Si a una personalidad con carencias importantes le ofrecemos una fraseología en la que absolutamente todo está reducido a un nivel de alevín con discursos de conspiraciones, formidables enemigos del mundo, patriotismo idealizado, combates heroicos y resistencia, tendremos lo inevitable. A este proceso de ruptura con la realidad contribuye un lenguaje que fomenta los lazos con el grupo y genera desprecio hacia todo aquel cuyo pensamiento no se sitúa en estas líneas marginales, elevadas a la categoría de «lo único verdadero». El hermanamiento y la complicidad que se establecen entre los miembros de la extrema derecha sustituyen a los vínculos sociales rotos. Cuanto mayor sea la fractura, sentida como un profundo vacío interior o soledad, mayor será la violencia con la que se

defienda ese islote rodeado de mar embravecido. Debe quedar claro que cuando hablo de «carencias» no solo me refiero a problemas afectivos, complejos o traumas infantiles. Muchos de los nacionalsocialistas que conocí eran personas introvertidas, no pocos habían sufrido *bullying*, y una buena parte provenía de familias desestructuradas. Sin embargo, un porcentaje muy superior eran chicos y chicas que no habían tenido ninguno de esos problemas. Quizá el denominador común de las «carencias» de quienes se dejan llevar por estas ideologías era la falta de conocimiento histórico. Nos encontramos por primera vez con los mensajes ultras sin que en la escuela, en el instituto o en casa nos hayan explicado mínimamente lo que supuso para este mundo el auge del fascismo.

Una vez que has entrado en la burbuja, se activa un proceso mental que me gusta comparar con el archiconocido, aunque ya casi obsoleto, videojuego del Tetris. En él iban apareciendo en la pantalla diferentes figuras geométricas que debían encajarse en la parte inferior con el objetivo de rellenar líneas horizontales que desaparecían a medida que se completaban. Una mentalidad abierta analiza la realidad y va encajando cada una de las fichas que se presentan en la vida, sin importar su forma, para que cuadre perfectamente con las demás. El fascismo, sin embargo, en una pantalla de ese Tetris mental levanta un muro que solo pueden atravesar las figuras que tengan una forma determinada. Todas las demás son consideradas ajenas y aberrantes, aunque la palabra que se suele emplear en la burbuja para definir las es «antinatural». Cualquier noción que se sitúe fuera de sus coordenadas no atenta contra sus ideales sino contra la naturaleza misma. No debe aparecer en la pantalla. No cabe en el mundo. Así es como se va elaborando ese férreo «nosotros». Todo lo demás es «ellos» y se identifica con el mal, con lo antinatural que promueven los poderes oscuros. Esta lógica se lleva hasta sus últimas y más terribles

consecuencias. Si de algo he de enorgullecerme en lo personal es de no haber participado en actividades violentas, más allá de puntuales encuentros con antifascistas.

Difícilmente alguien podrá enseñarme nada sobre el potencial destructivo que determinadas ideas y formas de razonar pueden desencadenar. No ya en la sociedad, como demuestra la historia y los hechos que empezamos a vivir, sino sobre todo en el ámbito personal. El peaje que dichas ideas se cobran en la vida de los radicales y de sus familias solo es comparable al odio desmedido que nos consume. Estoy convencido de que los patrones que se establecieron firmemente en mi cabeza son muy similares a los de un integrista religioso e incluso a los de un terrorista. La frustración acumulada durante incontables campañas propagandísticas infructuosas. El tiempo perdido en intentar motivar a legiones de jóvenes que se acercaban a nuestras formaciones para desaparecer poco después. La impotencia que todo esto me generaba, año tras año. Nació entonces, al final, la firme convicción de que el camino emprendido no servía y no quedaba más que la lucha armada. Cualquier medio estaba justificado para alcanzar la victoria contra ese conglomerado llamado «el sistema». Esa fue la conclusión a la que llegaron también Anders Breivik y Brenton Tarrant antes de asesinar, respectivamente, a 77 personas en Noruega y a 51 en Nueva Zelanda. Esa es la causa del incremento de atentados violentos perpetrados por supremacistas blancos en Estados Unidos o por organizaciones nazis en diversos países de Europa.

Sabiendo, por tanto, hacia dónde pueden derivar estas dinámicas de pensamiento y comportamiento, es importante conocer cómo empiezan, qué las motiva y qué las sostiene. Dado que yo mismo he participado en todos estos procesos, creo ser capaz de resumir su espíritu en tres elementos principales que se retroalimentan entre sí: el sesgo brutal que toma la

información que se recibe dentro de esos círculos, una actitud de constante victimismo y el comodín de la conspiración para explicar cualquier cosa que requiera una mínima formación o reflexión. A lo largo de los años se ha hecho un esfuerzo por reforzar, y por ende normalizar, estos tres pilares en los que se sustenta cualquier planteamiento extremista. Las dinámicas que las redes sociales están implantando en nuestra sociedad y en el modo en que nos relacionamos entre nosotros y con nuestro entorno actúan a favor de estos grupos.

Aunque vivamos inmersos en un exceso de información también nos invade una creciente sensación de inseguridad e incertidumbre, multiplicada además por las cíclicas crisis económicas o por acontecimientos tan traumáticos como la pandemia de covid-19. Sé que la comparación puede ser algo exagerada, pero creo que el contexto actual tiene algunas similitudes con el que provocó la Primera Guerra Mundial y que fue el catalizador de un discurso basado en las emociones y el ultranacionalismo. Al igual que la Alemania derrotada y humillada de los años veinte, a la que se logró engatusar con apologías de la fuerza, el orden y el poder, una parte nada desdeñable de las generaciones actuales es cada vez más sensible al simbolismo de estos mismos conceptos. Lo que ocurrió en países enteros lleva tiempo pasando en mentes individuales. Por ello, si bien con otros protagonistas, conceptos y formas, empieza a cobrar cada vez más sentido aquella frase de que la historia no se repite, pero rima.

Pienso que no estamos determinados por ningún devenir cíclico de los acontecimientos ni por un belicismo o sentido de destrucción impreso en nuestro ADN. Todo es cultura y puede ser desaprendido, como está haciendo el que escribe estas líneas, que, lejos de ser un simple militante, organizó y dirigió campañas de propaganda contra el sistema y tomó parte en los inicios de un movimiento armado. Estamos, sin embargo, lejos de



evitar que grupos como Amanecer Dorado encuentren terreno fértil en el que clavar profundas raíces a lo largo y ancho de Europa. Desde mi atalaya, la de un exnacionalsocialista, veo que se señala correctamente la enfermedad, pero rara vez se atina con el tratamiento; bien al contrario, algunos parecen empeñados en fortalecer el problema.

Únicamente cuando el imperativo social y político sea regenerar unos lazos que desde hace demasiado tiempo se encuentran hechos jirones, podremos poner fecha de caducidad a las ideologías del odio. Si permitimos que una forma de ser y de pensar se levante sobre unos cimientos hechos de resentimiento y miedo, no deberemos asombrarnos ante el crecimiento de este tipo de movimientos. A mi modo de ver, prohibir sus organizaciones o sus publicaciones no es simplemente inútil, sino que a la larga refuerza su lógica antisistema y su anhelada victimización. Igualmente, discutir con un ultraderechista será una batalla perdida si no enfrentamos su cosmovisión con la realidad. Solo así quedará en evidencia la falta de solidez de sus argumentos, levantados dentro de un marco irreal o distópico que no resiste el envite ni del siglo XXI ni del sentido común. Cuanto más cerca estemos de abrir brecha en ese llamativo pero fino barniz, mayor será la violencia con la que defenderán sus posturas, pues corren el riesgo de resbalar y verse de nuevo a la deriva y en la intemperie de sus propias carencias. Su epitafio lo escribiremos cuando esa imagen de dureza que tanto hacen por alimentar deje de ser percibida como energía viril y se vea como lo que verdaderamente es: inseguridad, miedo e infantilismo. En el camino resultaría imprescindible no ignorar las señales que en muchas ocasiones se manifiestan temprano, en la adolescencia, cuando son más fáciles de atajar y neutralizar.

No es complicado entrar en ese mundo, pero sí salir de él cuando se han traspasado varias líneas rojas. Y eso siempre y cuando uno no acabe

cumpliendo condenas de varios años de prisión o incluso dejándose la vida en el trayecto, como les ocurrió a innumerables compañeros. En mi caso, aunque tardíamente, pude reaccionar. Es muy difícil para el lector o la lectora conocer el esfuerzo y el coste personal que un libro de estas características conlleva para su autor. No voy a analizar nada a distancia. Desde el primer capítulo desnudaré mi propia vida, explicando qué sentía o pensaba en cada momento. Esas emociones, con la ayuda incuestionable de determinada literatura, suplantaron todo cuanto yo era hasta convertirme en un auténtico fanático. No es plato de gusto tener que recordar una parte de mi personalidad a la que me ha costado y sigue costando enormes esfuerzos derrotar. Quien diga que se deja de ser un radical leyendo y con terapia mente. Estas herramientas son parte del proceso, en efecto, pero me inclino a pensar que el extremista, probablemente, muere siendo extremista. A este trauma hay que sumar las consecuencias de colocarse un punto de mira en la espalda por revelar lo que ocurre, lo que se siente y lo que se piensa dentro de la burbuja. Tener que cambiar de domicilio y de teléfono, recibir amenazas, caminar mirando hacia atrás y observar con atención los coches y los transeúntes que se acercan. Soy consciente de que así será mi vida a partir de ahora, y lo asumo.

Con todo, y manteniéndome fiel al mismo criterio con que actuaba en la extrema derecha, creo que no hay que tener miedo de llegar hasta el final. Como es obvio, ahora mi motivación es radicalmente distinta. Mi sueño es que mi testimonio y mi dura experiencia sirvan de vacuna para los jóvenes que corren el riesgo de dejarse llevar por los cantos de sirena extremistas. Mi máxima aspiración con este libro es evitar que otros tomen la senda que yo recorrí. Una senda en la que me parecía encontrar respuesta a mis dudas e inquietudes buceando en un magma de conspiraciones judías, leyes raciales y élites financieras. Una senda en la que, desde el primer paso,

inicié un proceso de autodestrucción que estuvo a punto de costarme la vida.